LAS MEMORIAS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

POR

ALFREDO A. ROGGIANO
University of Pittsburgh

En 1959, mientras preparaba mi libro sobre *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*¹, tuve la oportunidad de consultar el «archivo» dejado por el maestro en manos de su esposa, entonces radicada en México, su ciudad de nacimiento. Entre copias a máquina, manuscritos, recortes de diarios y revistas, etc., pude leer unas «Memorias» inéditas, que fotocopié, con la debida autorización de su poseedora, para utilizar la parte correspondiente a los Estados Unidos en la redacción del libro mencionado. Y así di a conocer, por primera vez, que yo sepa, tan indispensable documento, tanto para la vida de don Pedro como para la historia cultural (y hasta política y social) de la América hispánica y sus relaciones con USA. A continuación de las «Memorias» hallé unas «Notas de viaje» [A Cuba], que di a conocer en el número 130-131 (enero-junio de 1985) de la *Revista Iberoamericana*. Estas «Notas» son posteriores a las «Memorias», que fueron escritas en 1909, en México, cuando el autor iba a cumplir veinticinco años de edad, según consta al comienzo de las mismas.

Las «Memorias» se componen de cuatro partes, numeradas I-IV, a la romana, cada una con subnumeraciones comunes (1, 2, 3, 4, etc.). Esas primeras cuatro partes (I-IV) fueron reunidas bajo el título de «Autobiografía», y abarca desde el nacimiento del autobiografiado hasta el 5 de agosto de 1909, fecha en que comienza una especie de «diario», salteado en fechas (5, 6, 11, 12, 24, 25 de agosto; 6, 9, etc., de septiembre) hasta el 13 de abril de 1911.

La sección I (llamémosla así), con la numeración de 1 a 12, expone la vida del autor y familiares, con noticias sobre la educación y vicisitu-

¹ México: Editorial Cultura, 1961.

des de su país, hasta 1900. Es la parte que publicamos ahora. La II, con las numeraciones 1 y 2, narra su viaje de Santo Domingo a Nueva York, pasando por Puerto Rico, donde el barco se detuvo tres días, y su primera estancia en los Estados Unidos (1900-1904), con viajes a Búfalo, las cataratas del Niágara y Toronto. La parte que registra sus actividades en Nueva York fue publicada en mi libro ya mencionado². La sección III, subnumerada de 1 a 6, comprende de marzo de 1904 a principios de enero de 1906: informa sobre su viaje a Cuba y estancia en la isla, su actuación como periodista en La Habana y da nutridas noticias sobre la vida cultural de la capital cubana. La IV detalla su viaje a Veracruz, iniciado el 4 de enero de 1906. Llega a Veracruz el 7 de enero y permanece en dicha ciudad durante tres meses, hasta el 21 de abril, fecha en la que llegó a la ciudad de México, donde residió hasta su segundo viaje a Cuba, iniciado el 13 de abril de 1911, año en que empiezan las «Notas de viaje» [A Cuba], que hemos publicado, como dijimos, en el número 130-131 de la *RI*. A Cuba fue en goce de vacaciones, por lo que volvió a México en junio de ese año, hasta 1914. Pero las «Memorias» sólo registran sus actividades en México hasta 1911, en textos que llevan la enumeración de 1 a 25, donde leemos un amplio y minucioso panorama de los acontecimientos culturales más importantes ocurridos en la capital mexicana, con lo que termina la «Autobiografía». Sigue lo que hemos llamado «una especie de diario», salteado en sus fechas, desde el 5 de agosto de 1906 al 6 de abril de 1911. Toda la parte dedicada a México es lo más valioso de estas «Memorias» [«Autobiografía» y diario] y la utilizo en mi libro *Pedro Henríquez Ureña en México*, en vías de publicación.

Creemos que con la sección que publicamos en este número de la *RI* damos a luz un texto inédito valioso, que ilumina un período fundamental de la vida de tan ilustre dominicano y de su país.

² Véase nota 1.

TEXTO DE LAS MEMORIAS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

AUTOBIOGRAFIA

I

1. Decía Benvenuto que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años: porque hasta entonces no se tiene serenidad bastante ni se contempla perspectiva amplia. Pero creo que también entonces muchas cosas pasadas ya no se sienten y pierden su color y su carácter; pues por eso acaso conviene, si se tiene afición a hacer recuerdos, poner por escrito muchos que el transcurso de una década podría hacer borrosos.

No creo que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás. Nietzsche desconfiaba de las autobiografías, porque las suponía *compuestas*; desconfiaba de San Agustín y de Rousseau; y, sin embargo, escribió notas autobiográficas. Oscar Wilde, que decía divertirse grandemente con los escritos autobiográficos y no parecía concederles mucha fe, escribió, sin embargo, una de las confesiones morales más artísticamente compuestas y, con todo, una de las que más producen impresión de artística sinceridad. La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ella se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso. Sabemos que en las *Memorias* de Goethe faltan muchas cosas, todas las que resultaron inútiles para formar el Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferiremos a cualquier otro que a retazos fabriquen los eruditos. Las *Memorias* nos pintan el Goethe que

se *realizó* en todos los momentos en que su vida y su ideal se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos en que Goethe cedía a la presión de la vida o las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?

2. Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy a cumplir los veinticinco; pero yo he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen a formarse lagunas, y además tengo excesiva afición a *psicologizar*. Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.

¿Mi memoria? Ciertamente he de comenzar por recuerdos ajenos. Nací el 29 de junio de 1884, en Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana; era domingo y cuentan que esa tarde, a la hora de mi nacimiento, había procesión de Octavario de Corpus en la parroquia de Santa Bárbara. Mi padre, Francisco Henríquez y Carvajal, era ya entonces licenciado en Derecho y en Medicina de la Facultad Dominicana y maestro co-director, con José Pantaleón Castillo, de la extinta Escuela Preparatoria; había sido también secretario del presidente Meriño. Mi madre, Salomé Ureña, casada después de sus triunfos poéticos entre 1874 y 1880, dirigía el Instituto de Señoritas, el primero en que se dio enseñanza superior y extensa a la mujer dominicana. No fui el primogénito, sino el segundo hijo. A fines del mismo año de 1884 sufrí una fiebre grave, y los parientes, atemorizados ante la posibilidad de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, me hicieron bautizar apresuradamente en la casa, con nombres tomados al azar: Pedro, por el día del nacimiento; Nicolás, por mi abuelo el poeta Nicolás Ureña; Federico, por el padrino, mi tío Federico Henríquez y Carvajal. Mi madrina fue Valentina Díaz de Morales, pariente de mi madre.

No conocí a mi abuelo materno ni a mi abuela paterna, Clotilde Carvajal. Mi abuelo Noel Henríquez, que murió en 1904 a los noventa y un años, era hijo de holandés e inglesa; no había nacido en Santo Domingo, sino en la posesión holandesa de Curaçao, y en su ascendencia hubo judíos; por lo cual supongo que al apellido Henríquez, con su H, nos viene de judíos españoles o acaso portugueses que pasaron a Flandes. Mi abuela paterna tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, con la jurisdicción concedida al cacique rebelde Guarocuya (Enriquillo) en el siglo xvi, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo xviii.

Por la rama materna, todos mis ascendientes, según los recuerdos familiares, que alcanzan hasta la mitad del siglo XVIII, eran dominicanos, salvo uno, que llegó de las Islas Canarias a fines de la misma centuria. Aunque mi familia paterna era con mucho la más numerosa (mi abuelo, ya casado en terceras nupcias, nueve tíos, de ellos siete casados y, ya para entonces, unos cuarenta primos) no fue la que más frecuenté en mis primeros años. La familia de mi madre, cercana, era cortísima, y la más lejana apenas pasaba de veinte personas y con ella llevábamos relaciones variables. Mi gran familiaridad fue en la casa de mi abuela materna, Gregoria Díaz de Ureña, que aún vive y tiene noventa años justos; con ella vivían su hermana Ana, dedicada durante más de sesenta años a la enseñanza de primeras letras, y muerta en 1896 a los ochenta y cuatro de edad, y mi tía soltera Ramona, que se consagró especialmente a mí. Desde los dos años de edad hasta cuando salí de Santo Domingo, a los dieciséis, pasé tanto tiempo en mi casa paterna como en la vieja casa de mi abuela, donde vive aún mi tía y donde han vivido desde 1860; donde también vivió mi madre desde 1860 hasta 1882.

3. Enfermé gravemente el mismo año de mi nacimiento. Era la primera vez que uno de nosotros enfermaba de modo serio; y mi madre, con su naturaleza intensa, se alarmó grandemente. Al sanar yo, escribió su poesía «En horas de angustia», donde pinta vívidamente su alarma, no menos que su gozo final. En los tres años de edad, oyendo cantar el Himno dominicano, letra de Emilio Prud'homme y música de José Reyes, y en él la palabra Patria, pregunté a mi madre su significado; me contestó: «Ya te lo diré después», y escribió una poesía sencilla, «¿Qué es Patria?», en la cual explicaba a mi inteligencia infantil la noción, aludiendo de paso a su entusiasmo patriótico, que tantos himnos le inspiró entre 1873 y 1880, y que había «plegado las alas y abatido la frente» ante la continuación de los males políticos del país. En 1888 volví a enfermarme seriamente; se temió una difteria, pero fui declarado fuera de peligro el mismo día en que cumplí los cuatro años.

Por entonces, mi padre se hallaba en Europa; había partido en 1887 a París a cursar en toda su extensión el Doctorado en Medicina, y regresó en 1891, ya titulado. En ese período, mi madre sufrió mucho en soledad; continuó dirigiendo el Instituto de Señoritas y consagrando el resto de su tiempo a nosotros: ya éramos tres sus hijos, Fran, Max y yo. Mis recuerdos personales conservan algo de esos primeros años: cómo mi madre salía matinalmente, con alguno de nosotros, a dar paseos higiénicos por el campo, antes de las ocho de la mañana, hora en que comenzaban las clases de su Instituto. Hasta 1888 vivimos en una grande y vieja casa de dos pisos, cuyo dueño era el tiránico presidente Ulises Heureaux, si-

tuada en la esquina de las antiguas calles de los Mártires y de la Esperanza, hoy Duarte y Luperón, respectivamente. Luego pasamos a otra casa cercana, de un solo piso, en la misma calle Duarte, cuyo antiguo nombre de «Mártires» evocaba el lugar en que ejecutaba sus autos la Inquisición durante los últimos tiempos coloniales. La mudanza desde la vieja casa, un tanto sombría, a la nueva casa llena de sol y de galerías amplias, tuvo para nuestras imaginaciones infantiles una gran novedad. En el centro del primer patio había una gran pajarera rodeada por un estanque con peces; alrededor, muchas plantas florales. En el traspatio había caballerizas y árboles frutales. Dos hechos recuerdo relacionados con esa casa: el matrimonio de Altagracia Frier y Troncoso, joven protegida desde su infancia por mi madre y mi tía, con el ingeniero cubano Juan de Dios Tejada, en 1890, y el regreso de mi padre, recibido con gran entusiasmo por sus amigos, que llevaron música en la noche, en 1891.

Mis padres no gustaban de la educación que en el país se da a los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños que visitaran nuestra casa. Para desquite de este relativo encierro, vivíamos siempre en casas grandes y corríamos todo el día por patios, galerías y aun techos. Tampoco íbamos a escuelas: concurríamos, sin mucha regularidad, a los cursos infantiles del Instituto dirigido por mi madre, instalado en nuestra misma casa. Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años y desde los seis comencé a tomar afición a algunos estudios; por un tiempo los números, y luego la historia natural. Mi afición, por supuesto, se limitaba a desear conocer las especies; y me pasaba las horas recorriendo los grandes libros de zoología (principalmente la enorme obra del alemán Brehm) para conocer todas aquellas especies de mamíferos (en particular) que en mi país eran desconocidas, pues la isla nunca produjo otras que algunos roedores descritos en los libros de la época de la conquista y ya casi desaparecidos, y ahora sólo tiene los animales domésticos más comunes. Los grandes felinos, los grandes paquidermos me interesaban muchísimo. Hubo vez en que mi madre ideara distracciones al aire libre, juegos y columpios, para despegarme de la excesiva afición a los libros ilustrados de zoología. La zoología, sin embargo, continuó siendo para mí una costumbre o una rutina; la geografía, a la cual cobré cierta afición, no logró desterrarla. Luego me dio por el culto católico; por las frecuentes procesiones y las grandes ceremonias, especialmente las de Semana Santa, que en Santo Domingo se celebran a estilo medieval hasta este momento, salvo la intervención de personas reales en los actos simbólicos, costumbre nunca adoptada allí o adoptada sólo a medias y desterrada hace tiempo. Me

aficioné a reunir estampas de santos, de las cuales era fácil conseguir muchas, la mayoría obras de los pintores italianos del Renacimiento; y también solíamos reunir, mi hermano Max y yo, estampas profanas que representaban diversos asuntos sencillos: eran, por supuesto, estampas pequeñas y a colores.

La religión, sin embargo, nunca fue para mí sino una afición superficial: el culto me resultaba pomposo y animado, y me fascinaba totalmente. Como nunca escuchaba yo cerca de mí ninguna idea antirreligiosa, no podía menos de crearme religioso; pero en realidad nunca se me habían inculcado nociones profundas, y a eso debo la fortuna de no haber sufrido crisis de duda. Hasta los doce años aceptaba la religión como cosa natural; pero desde los trece comencé a pensar, sin desazón alguna, en sus fundamentos, y a los quince, sin haber leído gran cosa sobre la cuestión (sólo recuerdo la exposición de los orígenes de las religiones, en un resumen de la sociología de Spencer), había pasado naturalmente al agnosticismo. De pequeño, sin embargo, alguna vez solía agitar por mí mismo la cuestión religiosa. Cuando tenía de siete a ocho años oí mencionar el misterio de la Trinidad, y lo rechacé de plano; y en los mismos días se me explicó la noción del espacio infinito y poblado de mundos, ante la cual exclamé: «Pero entonces, ¿en dónde están Dios y los santos? Seguramente no existen.» Estos hechos, empero, no los recuerdo por mí mismo, sino porque se me han narrado; en el fondo, la cuestión no me preocupaba, y mi afición por el culto católico no decaía un punto; y mi padre observaba alguna vez: «Este muchacho parece el más religioso y en el fondo es ateo.» Por supuesto que mis alegatos infantiles nunca me fueron discutidos, sino que se me negaban suavemente con sonrisa; y ni siquiera mi abuela, profundamente devota, quiso nunca obligarme a prácticas religiosas (confesión, comunión y demás) que mi madre no acostumbraba. Mi madre era, en realidad, deísta, y profesaba gran respeto al cristianismo; tal cual vez entraba a las iglesias católicas, pero nunca en horas de ceremonia. Mi padre siempre ha sido agnóstico. Por todo esto, jamás se me impusieron ideas en pro de la religión ni menos en contra; se me dejaba en mi creencia infantil como en una rutina sin trascendencia; y a los diez años la divinidad se me representaba como incorpórea y vaga, y tuve cierto gusto por las vidas de santos. Recuerdo que por entonces me preocupó alguna vez la noción de que existiera o hubiera existido o, más bien, pudiera existir, la Nada, de la cual tenía no sé qué extraña representación física; y en otra ocasión, leyendo la Biblia, tropecé en el Evangelio de Marcos con la narración de la higuera maldita y secada por Jesús porque no había tenido frutos que ofrecerle, y asombrado presenté a mi madre el problema: por fortuna para la solución, no llevaba yo la

Biblia en la mano, y mi madre me aseguró que había leído mal. Este problema nunca lo olvidé; y por fin lo he visto resuelto, al parecer, por Loisy, el cual explica la narración como una parábola mal entendida y transformada en acto del propio Jesús. Algún tiempo después, cuando ya tenía yo unos doce años, fue mi madre quien me presentó un problema sobre la personalidad de Jesús; me lo presentó como un bohemio, un hombre que predicaba la ociosidad y la vagancia, y cuando mi desconcierto llegaba al máximo, explicó el verdadero significado de esas prédicas: el sacrificio de los goces vulgares y el desdén a cuidados y ambiciones comunes en favor de fines más altos.

En mi primera infancia, mi carácter era en exceso irritable; una contrariedad fuerte me producía convulsiones de ira. No sé desde cuándo comenzó a ceder mi nerviosidad; pero sus accesos fueron anteriores a mis más lejanos recuerdos, y sólo supongo que los cuidados especiales que me prodigó mi tía Ramona para apaciguar mi irascibilidad contribuyeron a hacerla desaparecer. De los seis años en adelante, mi carácter fue siempre tranquilo.

4. Además de mi interés infantil por los números, la zoología y la geografía, y de mi afición al culto católico, tuve la de la lectura; al principio la de cuentos de hadas y brujas y romances, de los cuales llegué a conocer un gran número, tanto en libritos como de boca de las gentes; más tarde narraciones novelescas de diversos órdenes, aunque nunca gusté de leer novelas extensas, y las mismas de Jules Verne, que me fascinaban, las leí poco a causa de sus dimensiones. Mis aficiones literarias, y las de mi hermano menor Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales. No eran afectos nuestros padres a que concurriéramos al teatro con frecuencia, pues allí el teatro implica permanecer despierto hasta las doce o la una de la noche, y las *matinéas* son rarísimas. Bastó, empero, que concurriéramos al teatro unas cuantas veces, primero a dos o tres zarzuelas, y, por fin, en 1895, a tres representaciones del actor italiano, hispanizado, Roncoroni (que fueron, todavía lo recuerdo claramente, *Muerte civil*, de Giacometti; *Hamlet* y *Romeo y Julieta*), para que estas aficiones cobraran vuelo extraordinario, y vagáramos Max y yo todo el día pensando en el teatro y tratando de reproducirlo. Habríamos querido ser nosotros mismos actores; pero el deseo se estrellaba ante la falta de compañeros, y durante mucho tiempo nos dedicamos a hacer teatros de muñecos, movidos por nuestras manos. Los dramas en cuestión los decíamos de memoria y en abreviatura. Revolvimos la biblioteca de la casa buscando dramas en castellano, y aprovechamos los que había y no nos resultaban ininteligibles; nuestra preferencia escogió a Shakespeare, de

quien había varios tomos, especialmente la agradable traducción de Arnaldo Márquez, en prosa e ilustrada. Como ninguna representación podía durar demasiado (pues el desarrollo real de un drama resultaba lentísimo para nuestro deseo de acción), nunca seguíamos las obras paso a paso, sino que las leíamos y hacíamos un resumen de acción que desarrollábamos en veinte o treinta minutos, con lenguaje nuestro; así pasaron por aquel conato de escena las tragedias shakesperianas y algunas de sus comedias, especialmente nuestra preferida, el *Sueño de una noche de verano*. Algunos dramas llegamos a hacer por nuestra cuenta: recuerdo que alguna vez leí en un periódico el suicidio del príncipe Ernesto de Rohan, y de ese asunto hice un drama, todo improvisado. Llegamos por fin a ensayar la comedia de costumbres: Max hizo una intitulada *Josefa Fernández*, la cual, sin embargo, y si no me equivoco, tenía fin trágico, a pesar de que el nombre dado a la pieza era el de una señora de la cual nada sabíamos, ni cómico ni trágico; y entre los dos hicimos otra con el título de *Cacusa*, cuyo asunto era una campesina de doce a trece años, que servía en nuestra casa, y en donde figuraba toda nuestra familia y no pocas visitas. El éxito que tuvo para nosotros mismos (pues no teníamos más público) esta especie de comedia realista fue tal, que la repetimos muchas veces y llegamos a escribirla: si mal no recuerdo, su extensión no era mayor de ocho o diez páginas manuscritas*.

En 1892, mi madre se hallaba débil de salud e hizo un viaje de dos meses a la ciudad de Puerto Plata. Allí presenciamos las fiestas del cuarto centenario del Descubrimiento de América, celebradas con pompa en todo el país. Cuando regresamos, tomamos una nueva casa de dos pisos, extensísima, en la calle de Santo Tomás. En diciembre de 1893, convencida mi madre de que el trabajo de su Instituto era excesivo para su salud delicada, decidió cerrarlo, llevando a investir a la Escuela Normal de Maestros (fundada bajo la dirección de Hostos) su último grupo de discípulas. Recuerdo mi impresión del día de clausura, en que las alumnas de los cursos superiores lloraban. Mi padre, mientras tanto, había encontrado muchos obstáculos en el país; el tirano Heureaux, a pesar de que en la época del presidente Meriño había sido amigo suyo, y mi padre había sido padrino de uno de sus hijos, que hoy es el dramaturgo Ulises Heureaux, veía mal su independencia y le hostilizaba por lo bajo. A principios de 1894, mi padre decidió ir a una ciudad extranjera, el

* Antes habíamos escrito una especie de narración novelesca intitulada *Casa de Ana* (la casa de nuestra abuela y su hermana Ana) y otra escribí yo con el título de *Francisco Isaac Rodríguez*, nombre de un criado nuestro puertorriqueño que se dijo había perecido en un naufragio; ambas narraciones eran de un romanticismo fantástico estrictamente infantil.

Cabo Haitiano, situada en el norte de nuestra misma isla y bastante rica entonces: allí encontró, en efecto, campo bastante productivo para el ejercicio de la medicina. Hubo de regresar al país, sin embargo, en abril del mismo año, pues mi madre estuvo al borde de la muerte al nacer su cuarto y último hijo, mi hermana Camila; permaneció en el país algún tiempo, pero volvió a Haití en 1895.

Entre los años de 1893 a 1895 conocí y traté a una familia extranjera cuyo recuerdo ha sido siempre significativo para mí: la familia del ex director del Banco Nacional, el francés M. Marcellin Fache, cuya esposa era una dama polaca de talento y de carácter, descendiente de príncipes, a quien mi madre admiraba por la educación que había dado a su prole. Las relaciones de amistad entre esta familia y mi padre llegaron a ser bastante estrechas; y mi madre, aunque no podía visitarles con frecuencia, nos permitía ir a verles muy a menudo: para nosotros era un gran placer recorrer la enorme casa que habitaba la familia y la serie de amplios patios con vista al río Ozama, bajo la dirección *sage* de la adolescente Ferdinande, que ya se dedicaba a la literatura.

5. Al cerrarse el Instituto de Señoritas, y a causa de la ausencia de mi padre y de la mala salud de mi madre, se nos puso un profesor, Francisco Raúl Aibar, joven de talento y rectitud. Por fin, en febrero de 1895 se abrió un importante colegio particular, el Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud'homme, compañero de estudios de mi padre y padrino mío de confirmación: por primera vez (salvo unos meses en que asistimos a la clase de geografía en la Escuela Preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo, quien poco después perdió la razón) concurríamos a una escuela fuera de nuestra casa. El Liceo estaba informado en el espíritu de la pedagogía reciente, pues Prud'homme, lo mismo que mi padre y el malogrado Castillo, había recibido la influencia de Hostos, ausente ya del país por la hostilidad del tirano Heureaux. Entre sus profesores se contaban el joven Aibar (quien nos había enseñado la gramática según Bello, cuya ortografía usé yo hasta 1903), mi tío Federico (profesor de literatura española), y más tarde, entre otros muchos, el matemático Eladio Sánchez y el distinguido botánico Rafael M. Moscoso. El inglés lo enseñaba el pastor protestante Mr. Gooding. Durante año y medio, a pesar de mi poca costumbre de tratar muchos muchachos (aun ahora, para evitar un contacto demasiado disolvente, mis padres nos hacían acompañar a la escuela por algún sirviente), mi experiencia en el Liceo fue agradable: no hice grandes amistades, y sólo recuerdo en particular la de Mariano Soler y Meriño, joven mucho mayor que yo, que ya obtenía aplausos como poeta y que fue muerto trágicamente en 1899; fui siempre alumno distinguido y nadie me molestó en cosa alguna.

Ya en 1896 mis aficiones teatrales comenzaron a volverse más estrictamente literarias. Como complemento de los teatritos, escribíamos a veces conatos de periódicos, en los cuales, por supuesto, se hablaba casi exclusivamente de teatro. También hacía resúmenes de algunas lecciones orales que recibía en el Liceo, y, como con remordimiento por el olvido en que había dejado ya la zoología, todavía hice un compendio bastante extenso de la clasificación de los animales, siguiendo siempre la obra de Brehm... doblé esa hoja definitivamente. Pero lo que vino a decidirme francamente por la literatura fue el asistir a una velada solemne que celebró la antigua Sociedad «Amigos del País», en mayo de 1896, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta Sociedad habían sido fundadores mi padre y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz y Luisa Ozema Pellerano, maestras educadas en el Instituto de mi madre; se recitaron versos de José Joaquín Pérez, leyó Penson su sorprendente *Víspera del combate*, leyó mi padre la poesía intitulada «La fe en el porvenir», que mi madre había dedicado en 1877 a aquella Sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles «Amigos del País» recibieron como una consagración. Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poesía, fue mi afición favorita. Descubrí que mi madre era poetisa afamada y principié por formar dos pequeñas antologías de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas). En seguida, nos lanzamos Max y yo a formar sendas antologías de poetas dominicanos; Max recorrió y devastó las grandes colecciones de periódicos de la casa, recortando cuantas poesías llevaran la firma de poetas dominicanos aceptables (nuestra madre nos señalaba los nombres de ellos); yo preferí hacer una más selecta, clasificada, también bajo las indicaciones de mi madre, y con ayuda de la *Reseña histórico-crítica de poesía en Santo Domingo* que la Comisión nombrada por el Gobierno (en ella había figurado precisamente mi madre) había presentado a la Academia Española para el proyecto de antología americana. Al mismo tiempo, comencé a redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de *La Patria*: ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías o artículos cada semana. Comencé también a hacer versos; pero no me tomaba en serio como poeta, y mi género preferido eran los articulitos en prosa, del género miniatura que tuvo tan en boga en América hasta hace poco. Los versos me salían con toda facilidad, y no sé por qué no los tomaba en cuenta: hice unas estrofas describiendo las noches de Santo Domingo, otras a la muerte de la poetisa Perdomo, una breve silva a Colón y algunos otros a motivos fútiles como por juego.

Pero en donde ponía toda atención era en los articulitos de prosa poética, que me parecían un género perfecto. Recuerdo algunos: una comparación de las zonas geográficas con las almas; un conjunto de frases en elogio de Cuba revolucionaria; una explicación del cuadro *El conscripto*, de León Perrault, que vi en una colección de fotograbados de algún *Salón* parisiense; una descripción de la ciudad de Puerto Plata, donde estuvimos nuevamente a fines de ese año...

Estimularon estas aficiones literarias la presencia diaria de un grupo de intelectuales en mi casa: mi tío Federico, Prud'homme, Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano y, con más o menos frecuencia, otras discípulas de mi madre, especialmente las que se ocupaban de la literatura: Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, Mercedes y Anacaona Moscoso...; su conversación y sus lecturas comenzaron a interesarme. Muchas horas no escolares las pasaba con mi madre y con mi tía Ramona, la cual vivía la mayor parte de su tiempo con nosotros; y en esos momentos todo eran consultas a ambas. Fue por aquella época, un poco antes, cuando mi madre solía sondear mi aparente religiosidad, con problemas como el de la significación de la prédica de Jesús; y en alguna ocasión en que nuestras carreras y excursiones por patios y techos (pues las aficiones literarias no nos impedían irnos a los lugares distantes de la casa a correr, saltar y trepar) provocaron cierta riña de palabras con unos muchachos y jóvenes judíos de alguna casa vecina, insulté a éstos llamándoles judíos y temerosos de la carne de cerdo; de lo cual se enteró mi madre, y me reprendió haciéndome ver que, de un modo u otro, todos los hombres adoraban a la divinidad y que era incultura notoria censurar a las gentes su religión. Mi impresión (lo recuerdo) fue de estupor al ver que no había caído antes en la cuenta de lo que ahora me explicaban.

Como la salud de mi madre decaía cada vez más, mi padre regresó al país y emprendimos viaje: mi madre, a instalarse de nuevo en la ciudad de Puerto Plata, en busca de aires puros; mi padre, otra vez al Cabo Haitiano, que precisamente dista de Puerto Plata sólo unas cuantas horas. Estuve dos meses con mi padre en el Cabo, en la casa de la familia Lauransón; y aquella ciudad extraña me interesó mucho: las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo, que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga. Pero pronto fui a Puerto Plata a estar cerca de mi madre, a quien acompañaba Natividad Lauransón. Asistía a la Escuela Superior, dirigida por Dubeau, otro de los amigos juveniles de mi padre; y me dedicaba a la literatura, redactando

siempre el periodiquito *La Patria*, escribiendo los articulitos de marras y, por fin, organizando una sociedad, la cual, como todo lo nuestro, no salía de nuestro círculo: los socios éramos mis dos hermanos y yo; la presidenta era mi madre, y todas las demás personas que admitimos fueron socios honorarios. El único objeto de la sociedad era dar veladas, como aquella para mí memorable de la Sociedad «Amigos del País» y como las otras que la misma Sociedad había seguido dando, después de nuestra salida (de Santo Domingo salimos para Puerto Plata y Cabo Haitiano en junio de 1896); y el nombre mismo de la Sociedad *Siglo Veinte*, lo tomé de una poesía escrita por la mexicana Laureana Wright de Kleinhans, dedicada a una sociedad fundada en México: poesía que me pareció de perlas para la velada de inauguración. Por supuesto que a la primera velada no asistimos sino los miembros de la familia, entre ellos mi padre, que con frecuencia pasaba del Cabo a Puerto Plata; pero enterados de que proyectábamos una segunda algunos amigos de la casa, concurrieron a ella Dubeau y su esposa, Antera Mota de Reyes, directora del colegio superior, oficial, de mujeres; su hermana Mercedes, que acaba de ser muy celebrada en todo el país por algunos trabajos en prosa, y su sobrina Beatriz Dalmací... Mercedes Mota leyó un trabajo en aquella velada, lo cual fue para nosotros inesperado triunfo. Así llegamos a dar cuatro o cinco veladas en la casa entre septiembre y diciembre de ese año; y las hermanas Mota, entusiasmadas con esta diversión infantil, organizaron otras en su escuela, en las cuales tomaron parte muchas de sus alumnas: movimiento que llegó a llamar la atención del público y a mencionarse en periódicos; en ellas, por supuesto, también tomábamos parte nosotros. Max escribía el mismo género de articulitos que yo; y aun nuestro hermano mayor, Fran, hizo alguna que otra página para las veladas: páginas, en realidad, mejor escritas que las nuestras, a pesar de que él no *cultivaba*, como nosotros constantemente, la literatura.

6. En esto nos llegó la noticia, desde Santo Domingo, de que había muerto la anciana tía de mi madre, Ana Díaz; esto me causó honda pena. Escribí por entonces un trabajito en prosa, intitulado «Nostalgia», echando de menos mi ciudad nativa (de la cual sólo había estado ausente poco más de cinco meses) y recordando a *la buena anciana*. Mi madre se impresionó por el sentimiento del trabajito y me envió a Santo Domingo, a la casa de mi abuela. Un mes después, partía ella misma de regreso, y llegó a la capital el 2 de enero de 1897. Ya no había para ella esperanza de salud, y después de dos meses de constante zozobra, murió el 6 de marzo, a la una del día. Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada minuto; y todavía en Puerto

Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas a una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola «Mi Pedro». La muerte de la anciana tía había preparado mi espíritu al dolor; y la muerte de mi madre vino a colmarlo. Los últimos dolores de su enfermedad herían mis nervios; y los dos días de su muerte y su entierro fueron para mí de inconsciencia y estupor. La multitud de gente que desfilaron por la casa, y, sobre todo, la presencia fría de *ella*, el ser que para mí tenía más vida y más realidad; la multitud sofocante del entierro, y el largo camino, con paradas frente a las casas donde habíamos vivido y donde estuvo el Instituto de Señoritas, cuyas antiguas alumnas concurrieron casi todas; el acto de la inhumación, en una bóveda del viejo templo de la Merced (adjunto al Convento en el cual estuvo como visitador Tirso de Molina) y los discursos pronunciados, y la inesperada y vibrante poesía de José Joaquín Pérez, todo ello se envolvió para mí en niebla. Ni siquiera la admiración que mi propia madre me había hecho concebir por José Joaquín Pérez fue bastante para que me diera yo cuenta de sus versos. Al regresar a la casa (una casa pequeña que habíamos tomado provisionalmente en la calle Duarte), oí una tos, y tuve la impresión física de que aún estaba allí mi madre: no era sino la tos de una de sus discípulas, algo enferma en esos días, Mercedes Laura Aguiar. Durante meses, mi espíritu continuó en cierto estupor, del cual apenas salía sino (*sic*) para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced a colocar flores sobre su tumba: concurrí a la velada fúnebre, solemne, que en honor de su memoria organizó la Sociedad «Amigos del País», y en seguida organizamos una velada íntima de nuestra Sociedad «Siglo Veinte»; y todavía después no hice sino escribir y pensar sobre ella.

Pero otro suceso vino a convertir en desastre mi desconcierto. Altargracia Friar y Troncoso, esposa de Juan de Dios Tejada, y protegida de mi familia, de la cual había llegado a considerarse miembro cercanísimo, había partido a Nueva York desde 1893; su recuerdo no estaba para mí muy vivo, pero su afecto seguía viviendo para nosotros, y en la familia se comentaban siempre con regocijo sus cartas, pues tenía ella don especialísimo para el estilo epistolar; ya tenía cuatro hijos, y ahora había pensado regresar a Santo Domingo, con su esposo y sus hijos. Embarcaron en Nueva York precisamente el 6 de marzo, día de la muerte de mi madre, a bordo del vapor francés *Ville de Saint-Nazaire*; y debían llegar a Santo Domingo el 14. Tuvimos cierta alarma cuando vimos que el buque no llegaba; supimos que corrían rumores de naufragio, y de pronto llegó un enigmático telegrama dirigido por Tejada a mi padre: «Catástrofe general. Calme familia.» El telegrama, por supuesto, se comentó en todos

los tonos: pero muy pocos se aventuraron a sospechar la verdad. Al día siguiente, sin embargo, la prensa trajo noticias telegráficas detalladas: el vapor había naufragado el día 8, frente al cabo Hatteras; los pasajeros se habían refugiado en los botes, y uno de ellos, en el cual iban Tejada y su familia, estuvo seis días aislado en el océano Atlántico; con ese tiempo, murió Altagracia con sus cuatro hijos; lo mismo que otras veinte personas, de frío, hambre y sed; y cuando un buque que pasaba acudió en auxilio del bote perdido, sólo recogió vivos a Tejada y a otros tres supervivientes. Esta espantosa noticia, tan a raíz de la muerte de mi madre, produjo verdadero desconcierto en todos nosotros. Todavía recuerdo cómo, durante un año, Asunción Troncoso, la pobre madre de Altagracia, lloraba siempre que entraba a nuestra casa. Pero la noticia, por lo inusitada, provocaba comentarios constantes; y era de ver cómo una superstición al modo indostánico negaba al infeliz Tejada el derecho a la vida, declarando que la única solución de su desgracia habría sido arrojarle al mar con el cadáver de su último hijo. La verdad es que aquel hombre abandonado de la suerte, ya que de modo sorprendente había sobrevivido a tan inaudita catástrofe, no habría podido resistir largo tiempo si se hubiera dejado vencer por el influjo de sus recuerdos; pero el impulso de la vida suele sobreponerse a las más penosas fuerzas de destrucción, y Tejada, cuando recobró sus fuerzas físicas y mentales que el desastre había afectado, buscó solución a su caso; se dedicó a enterrar el pasado, y se casó de nuevo, seis meses después del naufragio. Ya se comprende que los comentadores del primer suceso recibieron como escándalo semejante matrimonio; pero yo, que en aquel tiempo no veía modo de aceptarlo, comprendo hoy que esa solución era la única.

7. Después de la muerte de mi madre, permanecimos unos cuantos meses en Santo Domingo, y concurrí de nuevo al Liceo Dominicano, del cual fui desde entonces mal alumno; en julio, nuestro padre, que había vuelto al Cabo Haitiano a raíz de estos sucesos, nos hizo ir a su lado. En Puerto Plata, donde nos detuvimos, las hermanas Mota organizaron para nosotros una pequeña velada. Llegamos al Cabo, adonde nos acompañaron algunos familiares; mi padre había tomado una casa de tres pisos, de las más extensas en la ciudad, y en general no vi con total desagrado el cambio. Sin embargo, de cuando en cuando tenía accesos de nostalgia y de tristeza, en uno de los cuales escribí una larga poesía hablando de mi ciudad y de *mis muertas*. Comencé entonces una actividad literaria febril, cuyo centro era el recuerdo de mi madre; formé una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios, en la cual figuraban las poetisas Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonia Perdomo, Josefa Antonia Delmonte, Isabel Amichazurra de Pelle-

rano, Virginia Ortea, la novelista Amelia Francasci, la joven puertoplateña Mercedes Mota y las discípulas de mi madre: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar y Mercedes y Anacaona Moscoso. Incluí también, ignorando que se trataba de un brillante engaño de José Joaquín Pérez, a *Flor de Palma*, que pasaba por ser una poetisa incógnita, y agregué al final un conjunto de escritoras menos importantes. En seguida emprendí una *Vida* de mi madre, la cual escribí muy por extenso y conservo todavía, recopiada en 1903; emprendí también coleccionar todos los artículos y poesías escritas a la muerte de mi madre y reuní más de un centenar*; escribí otros trabajos sueltos sobre ella; y escribí también otras cosas: algunos perfiles de escritores hispano-americanos; algunas poesías, que ya tomaba más en serio, y traducciones, en prosa y en verso, del francés, idioma que desde tiempo atrás me había comenzado a enseñar mi padre y que ahora casi dominé, tanto por hallarme en Haití, donde la gente culta lo habla, aunque el bajo pueblo usa un *patois* paupérrimo, como por ser franceses en su mayoría los libros de la biblioteca de mi padre. De Sully Prud'homme traduje dos o tres composiciones, y una de ellas, «Ici-bàs», traducida incorrectísimamente, fue enviada a Santo Domingo y a disgusto mío se publicó. Pero mi continuo afán por el recuerdo de mi madre y mi interés por la poesía dominicana me hicieron concebir un proyecto: el de escribir la historia de la poesía dominicana. La documentación, por supuesto, la tenía ya: la informe *Antología* de Max; la más escueta hecha por mí; los tomos de versos publicados por algunos poetas; la colección *Lira de Quisqueya* publicada en 1874, y, por último, la *Antología de poetas hispano-americanos*, con prólogo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien acaba de formular juicio entusiástico sobre mi madre y sobre José Joaquín Pérez. Quise, sin embargo, obtener ideas generales sobre la poesía y registré la biblioteca, dejando a un lado las Estéticas y decidiéndome por los trabajos de retórica de Hermosilla y del abate Marchena. No acertaba yo a explicarme por qué estos autores trataban tan mal a otros que yo solía oír citar con elogio; me abrumaba, sobre todo, ver que condenaran a Shakespeare, lo mismo que a Leandro de Moratín, cuya traducción del *Hamlet* leí entonces; pero decidí que en esto se equivocaban, y los acepté en sus clasificaciones y en los juicios sobre autores que yo ignoraba. Con tales armas comencé a escribir, entre diciembre de 1897 y enero de 1898, una *Introducción* a la historia de la poesía dominicana, considerando los aspectos que presentaba en los diversos géneros de la cla-

* Coleccioné también sus poesías inéditas para complemento del tomo publicado en 1880.

sificación hermosillesca. De la tiranía de esta *dómine* (cuya traducción de la *Iliada* leí entonces con placer) sólo me libertaban, en parte, mi gusto por Shakespeare, al cual íntimamente prefería yo sobre todos los escritores que conocía, hasta el punto de que en esos mismos días le hice una oda, y la lectura de algunos libros de historia antigua del doctor George Weber, la colección de *Historia de las naciones*, en traducción castellana, *Las antiguas civilizaciones*, de Gustave Lebon [*sic*] en los cuales buscaba yo siempre la historia literaria, encontrándome ideas muy diversas de las sancionadas por los cánones seudo-clásicos. (Ensayé traducir del francés parte del *Ricardo III* de Shakespeare.)

Si mi madre hubiera vivido, todos estos problemas los habría sometido a su criterio; pero mi padre estaba siempre ocupado y las horas que dedicaba a nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar los estudios de ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias. Comencé a aprender el piano, al mismo tiempo que Max (con quien, como de costumbre, lo hacía todo); pero mis manos nunca fueron dóciles a mis deseos, y no pasé de tocar con dificultad algunas piezas cortas, como el «Adiós al piano» atribuida a Beethoven y la «Serenata» de Schubert.

8. Mi padre decidió por fin enviarme de nuevo a Santo Domingo, con mi hermano mayor, Fran, a que estudiara otra vez en el Liceo Dominicano. Regresé a mi ciudad en febrero de 1898, y asistí a algunos actos en memoria de mi madre, cuyo nombre acababa de darse a una Sociedad formada por sus amigos y discípulas, al nuevo Instituto de Señoritas fundado por Eva y Luisa Ozema Pellerano (esta última casada hoy con mi tío Federico), y a una calle, precisamente la calle en que vivió mi madre y en donde se halla situada la casa de mi abuela, en cuyo frente se colocó una lápida conmemorativa. Al ir en camino a Santo Domingo, me detuve en Puerto Plata tres o cuatro días, en la casa de Dubeau, el amigo de mi padre, mientras llegaba el vapor que debía conducirme a mi ciudad; allí encontré por acaso el extravagante libro de Víctor Hugo sobre *Shakespeare*, lo devoré ansiosamente y llenó mi cabeza con fantasmagorías sobre el genio. Aquel libro formulaba lo que yo íntimamente me había atrevido a desear: la destrucción de los cánones seudo-clásicos; el endiosamiento de Shakespeare; una re-valoración literaria... Por supuesto, que no hice sino salir de una retórica ignorante y estrecha para caer en otra desordenada y no menos ignorante, pero más libre: en vez de la valoración según la cual Homero es el primer poeta de la humanidad, Virgilio el segundo, Tasso el tercero, Racine un modelo, Boileau un maestro, y, en

cambio, Shakespeare un bárbaro, Dante poca cosa y los dramaturgos españoles unos descarriados, acepté la valuación que pone a Shakespeare en el lugar más alto, cerca de él a Homero, a Job, a Isaías, a Esquilo y a Dante, cerca de ellos a otros ocho autores escogidos al azar, y en lugares *planetarios* a Virgilio y demás autores de epopeyas artificiales; colocando en rincones oscuros a los pseudo-clásicos. En suma, atravesé mi 1830; me dediqué a leer a Hugo, el cual (¡naturalmente!) me parecía debiera ocupar el decimoquinto puesto, continuando su lista de catorce genios; y me dediqué también a buscar y a leer los autores por él señalados como genios; en la Biblia de Scio, el Libro de Job, las profecías de Isaías y Ezequiel, el Cuarto Evangelio y el Apocalipsis; y hasta ensayé las Epístolas de Pablo, para mí muy pesadas entonces; Esquilo, en la traducción de Brieva Salvatierra, admirable trabajo que me parecía duro y árido; Dante, en prosa castellana; Cervantes, y hasta Juvenal, traducido en verso. Algo escribí en elogio de Hugo, con muchas citas, a su modo, ya que no mucho en su estilo; pero bien pronto refluí a mis antiguas aficiones, y volví a ocuparme de la historia de la poesía dominicana, pero con más descanso, sin el afán febril del año anterior. Entre 1898 y 1899 escribí un capítulo sobre las costumbres y los balbuceos artísticos de los aborígenes de Santo Domingo; y otro sobre la poesía que aquí escribieron los españoles en los siglos xvi y xvii, utilizando los datos obtenidos por Menéndez y Pelayo y por Jiménez de la Espada. Ambos los conservo. Comencé entonces a formarme estilo; esos capítulos están en prosa bastante sobria, distante de la influencia de Víctor Hugo, aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés.

Al examinar, en Washington Irving y otros autores, las costumbres y leyendas de los aborígenes, encontré a una curiosa, la del Diluvio; y como cerca de mí tenía el ejemplo de la poesía *indigenista* (las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez, la *Iguaniona* de Javier Angulo Guridi, la *Anacaona* de mi madre, el *Mairení* de Gastón Deligne; además, entre obras extranjeras de la misma tendencia, conocía el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín), escribí una breve narración poética sobre ella. Más tarde, en 1899, escribí unos versos en memoria del poeta don Félix María Delmonte, autor del primitivo *Himno dominicano*, a quien había visitado en los meses anteriores a su muerte; y una especie de *pequeño poema* descriptivo, sugerido por los de Gastón Deligne, con el título de «Incendiada»: éste también me fue publicado a disgusto mío; acaso más que otra cosa me disgustaba ver que pusieran mi edad al calce de los versos.

9. Al volver a Santo Domingo iba, como dije, nuevamente al Liceo Dominicano: volví a estudiar allí, en efecto, pero ya no era el alumno

distinguido, pues había llegado a perder interés por la ciencia, y además comencé a sufrir con el trato de los alumnos. Mi educación retraída no me había dado armas para el trato de las gentes, mucho menos de las gentes de mi tierra, brucas y poco reservadas: y allí el caso se agravaba, pues eran muchachos que crecían y corrían tras toda malicia: muchos de ellos ni siquiera eran de la capital; el Liceo había llegado a extender su fama por todo el país, y muchos provincianos ricos enviaron allí a sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta ya del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto alguno al salir de mi aislamiento a los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían a mal traer, y llegué a concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes. Además, ya había llegado yo a la edad en que, sobre todo en las Antillas, los adolescentes principian a interesarse por las cosas de la vida de los adultos y a alardear de hombres; y mi inexperiencia no me permitía hacer tales alardes, ni tampoco me venía en deseo el hacerlo. Conocí entonces, en una fiesta en casa de parientes de mi padre, a Blanca, adolescente que pertenecía a una familia de mujeres bellas; y tuve por ella amor infantil y tranquilo. Pero no era mi suerte poder gozar en paz de mis aficiones; mis mejores tiempos en ese amor (el primero de que me daba cuenta, pues antes mi propia madre había impedido que se me hicieran alusiones mortificantes sobre el cariño que había mostrado por ciertas niñas, especialmente por la hija de un diplomático venezolano) fueron los breves días en que iba a la iglesia de Regina Angelorum, en las noches de mayo, cuando Blanca asistía a las fiestas del mes consagrado a María. Bien pronto las gentes se enteraron, y sobre todo los muchachos; me abrumaban a comentarios y preguntas; y para colmo, mi hermano mayor, que asistía conmigo al Liceo Dominicano, ideó enamorarse de una hermana de mi Blanca; y por todas partes comenzaron las instancias de por qué no hacía esto y lo otro, ¡yo, que me sentía contento con la simple amistad que me fue fácil tramar con ella, sin que me ocurriera que por el momento fuese necesaria otra cosa, ni siquiera su respuesta de aquiescencia! Ello es que este amor, que comenzó en mayo de 1898, se sintió acosado bien pronto, no sé cómo; y habiéndose trasladado la familia de ella a una calle distante de la casa de mi abuela, donde yo vivía, empezó a alejarse de mí: aunque todavía solía verla, a ella, que asistía al Instituto «Salomé Ureña», cuando las horas de salida de clases no coincidían con las mías.

En esta crisis de mi adolescencia, cuando todas mis aficiones tranquilas tropezaban con la incultura ambiente, preferí estar retirado en la casa a sufrir el trato variable de las gentes; y por fortuna, mi tía Ramo-

na, que siempre me ha tenido especial cariño, me apoyaba en mis tendencias y me ayudaba con sus indicaciones en mis trabajos literarios: pues aunque ella nunca escribió para el público, había compartido en su juventud las aficiones literarias de mi madre, había leído los mismos libros y formado las mismas ideas y tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto.

10. Mi situación, que iba convirtiéndose ya en estancamiento, cambió de pronto con una decisión de mi padre, quien había seguido viviendo en el Cabo Haitiano; contrajo matrimonio con Natividad Lauransón, la misma joven que acompañó algún tiempo a mi madre en Puerto Plata, y cuya familia residía en la ciudad haitiana antes dicha, e hizo que regresáramos a su lado mi hermano mayor y yo, en mayo de 1899. Al llamarnos a su lado, en realidad, obedecía a otros temores: la situación de la República Dominicana se decía alarmante; los empréstitos del gobierno y la excesiva emisión del papel moneda habían creado al gobierno del tirano Heureaux una situación tirante, y habían sumido al país en la miseria; por todas partes se sentía que el malestar del pueblo iba a producir un estallido..., y mi padre, que de cerca, aunque en país extranjero, observaba la situación, juzgó prudente llamarnos a su lado, como había juzgado prudente vivir fuera del país más de cuatro años, salvo breves intervalos. Volví, pues, al Cabo Haitiano, a la misma casa que había conocido dos años antes; y ¡caso curioso! hice el viaje en los buques de guerra del gobierno dominicano y llegué al Cabo junto con el mismo presidente Heureaux, que iba a Haití a celebrar entrevistas políticas. Mi primo Enrique Henríquez, que era ministro del tirano, iba en aquel viaje; recuerdo que, en mi casa, tuvo con mi padre serias discusiones sobre la situación política de Santo Domingo. Sin embargo, por corrección, mi padre, que era el dominicano más prominente en la ciudad, asistió al baile que dio el presidente a bordo del crucero *Restauración*; baile al cual asistió toda la clase culta del Cabo Haitiano, formada por comerciantes alemanes, ingleses y franceses, y por buen número de haitianos ricos, que en sus usos sociales calcan a maravilla la *manera* francesa, y cuyas hijas, educadas en Europa, suplen con la multitud de sus *accomplishments* sus frecuentes deficiencias en el orden físico. Aquellos primeros días de mi retorno fueron animados; pero bien pronto volvió a pesar sobre mí el trato de las gentes. La casa de mi padre era en aquel entonces un pequeño pueblo, pues él ha sido siempre aficionado a tener cerca de sí a sus parientes; y de esta manera, aunque la familia inmediata la componíamos realmente seis personas, la casa contenía doce, sin contar los adláteres que fungían de ayudantes y empleados de mi padre, amén de la servidumbre nada corta. Mi padre notó que mi retraimiento continuaba,

que mi interés por el estudio que no fuera literario no había aumentado; y no quiso ser indulgente conmigo. Pero, al fin y al cabo, en la libertad que inevitablemente debía gozarse en casa tan extensa, adicionada con una casa campestre muy cercana de la ciudad, en la ladera de una colina, encontré modo de organizar mi vida a mi gusto; y volví a trabajar con actividad en cosas literarias. Las excursiones al campo, a las montañas y a las playas, sitios todos muy cercanos de la intransitable ciudad, me agradaban; llegué a salir diariamente a caballo, una veces solo, otras con mis hermanos y primos, y la equitación fue para mí uno de los más agradables ejercicios. Volvimos a organizar la Sociedad «Siglo Veinte», con ayuda de nuestros primos (Fernando Abel, hijo de mi tío Federico, y Angel Salvador, nieto de mi tío Daniel) y de algunos amigos de la casa; mi hermana Camila, que tenía ya cinco años, contribuía leyendo poesías de mi madre; Max, que durante mi año y medio de ausencia había avanzado rápidamente en la ejecución pianística, tocaba música, así como el pianista haitiano M. Morin. Volvió Max a redactar un periódico, manuscrito, pero ya extenso, y para él y para nuestras veladas escribí verso y prosa, y traduje del francés.

11. Como lo había previsto mi padre, la situación del país dominicano colmó la medida, y el 26 de julio de 1899 fue muerto el presidente Heureaux. El país despertó de su letargo, y el 31 de agosto del mismo año la situación política se había transformado: otro era el gobierno, aunque provisional; y la prensa política y las campañas oratorias habían surgido con extraordinaria fuerza. Desde el Cabo seguimos con febril interés este movimiento; y bien pronto nos tocó sentir de cerca su hálito: a raíz de la muerte de Heureaux, como el Cabo Haitiano se halla tan cerca de la frontera dominicana, que desde él se divisa el Morro de Montecristi, comenzaron a pasar grupos de dominicanos expatriados que regresaban al país: primero para ayudar a la revolución que aún no triunfaba; después, para entrar en las nuevas actividades. Por fin, pasó por el Cabo Haitiano don Juan Isidro Jiménez, candidato a la presidencia de la República, y pidió a mi padre le acompañará en su regreso al país. La muerte de Heureaux me hizo escribir el que consideré mi primer artículo serio: era un breve esbozo de aquella siniestra personalidad. (Escribí también uno como juicio y crónica sobre el original poeta haitiano Oswald Durand y sus veladas de recitación, que acababa de dar en el Cabo con el propósito de obtener recursos para mejorar las cárceles de su país.)

Mi padre regresó poco después, acompañado entonces, en su viaje por tierra, precisamente por el hijo del tirano muerto, y ahijado suyo, el joven Ulises Heureaux, quien acababa de regresar de París a Santo Domingo y poseía ya cultura y aficiones literarias. El joven Heureaux sólo estuvo

con nosotros unos días, y en seguida organizamos nosotros el retorno a Santo Domingo. Encontramos una gran animación política; las elecciones, apresuradamente celebradas, elevaron a la presidencia a don Juan Isidro Jiménez y a la vicepresidencia al joven general Horacio Vásquez, jefe de la revolución surgida con la muerte de Heureaux. El gobierno se instaló el 15 de noviembre de 1899, y mi padre fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores.

Mi hermano mayor había hecho amistad con la familia de las adolescentes a quienes se habían dirigido nuestros primeros amores. Vivían ellas en la casa de un tío suyo, quien tenía muchas hijas: así es que aquella casa era una multitud de mujeres, jóvenes y niñas. Las hijas del dueño de la casa me parecieron, a poco, mejor dotadas que sus primas: eran tipos más finos, casi todas rubias, y dos de ellas tenían agradabilísima conversación: Consuelo, que tocaba el piano con bastante brillantez, y Stella, graciosa y espiritual. Mi amor por Blanca había llegado, por fás o por nefas, a entibiarse; y espontáneamente mi afición cambió hacia Stella: no se trataba, sin embargo, de un amor, ni se me ocurrió nunca pensarlo así, ni menos hablarle en tal sentido. Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valer singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran. Llegué a visitar diariamente la casa, y las visitas siempre eran animadas con mucha conversación y música; y en algunas ocasiones (Nochebuena, Año Nuevo) se bailaba.

Al llegar a Santo Domingo, quisimos continuar nuestras veladas de la Sociedad «Siglo Veinte», pero sólo dimos una, en la cual tomaron parte varios primos y amigos nuestros: mi prima Rosa de Noel, que tenía don especial para la recitación, dijo versos de Rubén Darío; y en la parte musical, cooperaron Mercedes y Genoveva Amiana, cultas primas de mi madrastra. Pero aquello asumió un carácter formal; hubo demasiada concurrencia, y por esto y porque además sobrevinieron una enfermedad de mi hermana Camila y el nacimiento del primer hijo de mi madrastra (una niña que sólo vivió un año), y otro caso grave en el cual estuvo envuelto mi hermano mayor, no se continuaron las veladas. En cambio, concurríamos a las veladas que organizó el Club Unión, en forma de reuniones familiares seguidas de baile; Max tocó varias veces en ellas: asimismo, en la fiesta dedicada a Máximo Gómez, que por primera vez iba a Santo Domingo después de la terminación de la guerra de Cuba; y concurrí con frecuencia, aunque pocas veces bailaba, pues no lo hacía bien,

a los bailes del mismo Club Unión y del Club Juventud, transformado después con el nombre de Casino de la Juventud, los dos centros donde se reúne lo que, por llamarle de algún modo, nombraré sociedad elegante: en la cual no son nada escasos los pecados contra la elegancia.

Entre tantos cambios de residencia, era natural que mis estudios avanzaran en desorden: en el Cabo Haitiano, nuestro padre nos puso algunos profesores y nos daba él mismo algunas clases; al volver a Santo Domingo, reingresamos, por tercera vez, al Liceo Dominicano; pero éste había comenzado a decaer: su director, Prud'homme, había sido electo diputado, y tenía sobre sí algunas labores políticas. El Liceo se cerró bien pronto; entonces, con ayuda de algunos profesores particulares, continuamos nuestros estudios Fran y yo, presentando exámenes de bachillerato en el Instituto Profesional, dirigido entonces por el ex presidente y ahora arzobispo Meriño; el examen de Letras lo presentamos en julio, y el de Ciencias en diciembre. Concurrí también, pero pocas veces, a clases de la Escuela Normal, la cual había vuelto a la dirección de Hostos, a quien se hizo volver al país tan pronto como cambió el régimen político: y hondamente deploro no haber sido más asiduo a aquellas lecciones y no haber sentido más de cerca la influencia de aquel espíritu genial.

La vida pública del país durante aquel año fue bastante animada: fue significativa, por ejemplo, la agitación cuando el gobierno francés reclamó el pago inmediato de una deuda, y el pueblo hizo una suscripción para pagarla; porque el gobierno se hallaba en situación precaria, después del desorden bajo Heurieux; fue día de *meetings* y de discursos. Otro suceso para mí importante fue la muerte de José Joaquín Pérez, para quien tanta admiración y estimación se tenía en mi casa. Nosotros mismos llevamos coronas a su entierro y a la velada fúnebre que le consagró la Sociedad «Amigos del País»; en esta velada tocó Max una elegía musical que para ella compuso; Enrique Deschamps leyó, intercalándola en un trabajo suyo, la poesía «Impresiones» que mi madre había dedicado al poeta como respuesta a la dedicatoria de sus *Fantasías indígenas*, y mi prima Rosa de Noel recitó una delicada poesía de Prud'homme. Todavía me parece que pocas veces he oído recitar tan hermosamente: ya había oído a Cristina Morales, joven de singular talento que había logrado formarse por sí sola un severo arte de declamación: la recuerdo sobre todo recitando la «Ofrenda a la Patria» de mi madre, en la velada fúnebre consagrada a su memoria; pero el estilo de Rosa de Noel Henríquez era distinto: su voz no tenía tanta plenitud como la de Cristina, y no era adecuada para los endecasílabos rotundos; en cambio, tenía una multitud de modulaciones e insinuaciones, vagas, esbozadas bajo el velo de una dicción sencillísima; en suma, si Cristina *recitaba*, Rosa de Noel *decía*.

Me tocó escribir la reseña de esa velada para una revista literaria que publicaba Enrique Deschamps; y además me dediqué a reunir en esos días (mediados de 1900) las poesías de José Joaquín Pérez, logrando reunir más de cien: colección que hoy posee la familia del poeta, en espera de que llegue el momento en que sea posible hacer la edición completa de ellas.

12. No fue el año de 1900 para mí un año de producción literaria: hice algunas traducciones en verso y algunos trabajos en prosa, que publiqué en una pequeña revista que acababa de fundar mi hermano Fran (el cual, con aficiones literarias mucho menores que las nuestras, fue el primero en lanzarse a una empresa ya pública). Escribí, y dejé inédito, un estudio sobre el poeta dominicano Gastón Deligne. También escribí algunas crónicas teatrales: llegó por entonces a Santo Domingo la compañía dramática de la actriz cubana Luisa Martínez Casado, y nos presentó un extenso repertorio español: Tamayo, Ayala, Echegaray, Feliú y Codina, Guimerá, algo de Dumas hijo y otras obras de menor importancia. Max y yo pedimos para ejercitarnos, y sin remuneración, por supuesto, la plaza de cronistas teatrales del diario *La Lucha*, que por ser oficioso no podía negárnosla. Max escribía casi siempre, firmando simplemente *Max*; yo escribí tres crónicas firmadas *Bohechio*, siguiendo el gusto por los nombres de nuestros indios. La Martínez Casado, educada en la vieja escuela española de declamación romántica, aunque se resiente de ciertas afectaciones de ella, es, sin embargo, mujer de talento, y muchas veces se supera a sí misma y a su escuela: especialmente en la *Virginia* de Tamayo, obra esplendorosamente versificada y hábilmente concebida. Mis crónicas, con el entusiasmo natural de quien por primera vez gozaba extensamente de los espectáculos teatrales y del espectáculo del verdadero talento dramático, aunque en medio de malas condiciones escénicas y peores ayudantes artísticos, rebosaban elogios a la Martínez Casado: elogios que hoy no podría menos que recortar, pero que contienen su parte de justicia.

Pero ya dije que el año de 1900 no fue para mí año de producción: fue en realidad año de grande lectura literaria. Puedo decir que éste fue el año decisivo de mi gusto. Con motivo de las funciones de la Martínez Casado, con frecuencia acompañé al teatro a Leonor Feltz, la discípula de mi madre, y a su hermana Clementina, quienes vivían muy cerca de nosotros: las visitas que antes les hacíamos fueron cada vez más frecuentes, y desde el mes de julio fueron diarias. (A la distancia, me resulta curioso recordar cómo en aquel año me alcanzó el tiempo para preparar exámenes de bachillerato, leer a todo pasto, visitar diariamente a las Feltz y a mis otras amigas, y todavía, con frecuencia, ir al teatro o a los

bailes de los Clubs.) Las Feltz, que por entonces contaban alrededor de treinta años (una más y otra menos), habían sido siempre amigas de la casa; y Leonor, que es hoy la mujer más ilustrada de Santo Domingo, fue siempre la discípula predilecta de mi madre. Bajo su influencia y estímulo, comenzamos una serie de lecturas que abarcaron algunos campos diversos: el *Ariel* de José Enrique Rodó nos hizo gustar del nuevo estilo castellano, y leímos también las impecables páginas de Díaz Rodríguez, la prosa vívida de Zumeta y otras páginas de los autores jóvenes de América; leímos a D'Annunzio, en las traducciones francesas de Georges Herelle; releímos Shakespeare, en la traducción castellana de MacPherson; recorrimos diversas épocas del teatro español, estimulados por las representaciones de la Martínez Casado; y leímos también novelas de Tolstoi y de autores franceses. Estas lecturas no siempre se hacían en compañía; las novelas, en realidad, siempre las leía cada quien solo; pero diariamente se comentaban obras nuevas. Pero lo que vino a dar carácter a aquellas reuniones y a aquellas lecturas fue el descubrimiento (sí, para nosotros no fue menor cosa) de Ibsen. Una estupenda sensación de asombro causó en nosotros la lectura de *Los espectros*, seguida inmediatamente por *Casa de muñecas* y *Hedda Gabler*: ésta era, en verdad, una revelación de la vida moderna; esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo habría quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving —más de una mujer superior— veía a otras muchas en la situación de Nora y presumía a las semejantes a Hedda Gabler! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mí país, sobre todo, había tratado conocer a todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me habían mostrado la compañía de mis condiscípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en las fiestas sociales; pero *mi mundo*, mis gentes, eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el Norte? Ibsen, en suma, fue desde entonces mi autor: llegué a saberme de memoria *Los espectros*. Corrimos desbocados en busca de sus obras y al fin logramos leerlas casi todas en francés: *El pato salvaje*, *Rosmersholm*, *El enemigo del pueblo*, *La dama del mar*, *El niño Eyoli*, *Juan Gabriel Borkman*, *Solness el constructor*, *Brand*, *Peer Gynt*... La casa de las Feltz (que después alguien llamó *Salón Goncourt*, y a sus dueñas *hermanas Goncourt*) se convirtió en centro diario de reunión intelectual: Max y yo concurríamos y formábamos cuarteto con Leonor y Clementina; pero la concurrencia solía aumentarse con Prud'homme, Enrique Deschamps, mi tío Federico, el doctor Rodolfo Coiscou y su esposa, mi prima Altagracia Henríquez, maestra normal, otras maes-

tras y amigas, como Eva y Luisa Ozema Pellerano, Ana J. Puello y Mercedes Laura Aguiar; aun mi padre, entonces ocupadísimo, solía ir allí. Pero las lecturas y los comentarios no eran constantes y en toda forma sino con el cuarteto primitivo; y la perspicaz inteligencia de Leonor, con su sagacidad crítica, con su percepción delicada, influyó mucho en la dirección de nuestro gusto: a ella debo en gran parte la orientación de mis gustos en sentido plenamente moderno. Antes, como a destiempo perdí la dirección espiritual de mi madre, había tenido que atravesar por tan ingratos breñales como eran los cánones hermosillescicos y las arbitrariedades hugonianas; y, aunque libre de ellos, no había penetrado firmemente en la orientación moderna. Leonor, que poseía sólida cultura científica y lectura literaria mucho más vasta que la mía, fue quien nos guió en la interpretación de la literatura según el más elevado gusto moderno, y en todo aquel tiempo nos guió también en la corrección de la forma de nuestros escritos: porque si ella no es, en realidad, una escritora completa, pues justamente en aquellos días casi había dejado de escribir y nunca había escrito sino trabajos breves, de poca significación, según la rutina juvenil de sus compañeras, su crítica de la forma es tan segura como penetrante su análisis psicológico.

II

A fines de 1900, el gobierno de Santo Domingo decidió ensayar un arreglo de la deuda extranjera, que el régimen de Heureaux había dejado intrincadísima: y como la misión era muy delicada, mi propio padre, ministro, como he dicho, de Relaciones Exteriores, era quien debía partir a los Estados Unidos y Europa. Pensó entonces aprovechar la ocasión para llevarnos a Nueva York, a que permaneciéramos allí algún tiempo estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior. Salimos de Santo Domingo el día 16 de enero de 1901; íbamos, además de mi padre, mi hermano mayor y yo, Andrés Julio Aibar, uno de mis antiguos profesores, que ahora fungía de secretario de mi padre; mi primo Enrique Henríquez, ex ministro de Heureaux, que tenía ahora como abogado la representación en Santo Domingo de una compañía americana acreedora, y su hijo Enrique Apolinar: Enrique es poeta elegante y de exigente gusto, y su hijo, aunque nunca ha escrito literatura, tenía desde entonces aficiones intelectuales. Salimos, digo, el 16 de enero. ¡Nunca hubiera pensado entonces que pasaría tanto tiempo fuera de mi país! Iba contento, lo cual causó extrañeza en quienes me conocían, con mis exagerados afectos patrios; pero pensaba que mi ausencia duraría cuatro o cinco años, y que durante ella tendría ocasión de visitar al país.

El viaje se hizo pasando por Puerto Rico. Desembarcamos, al día siguiente de la partida, en Ponce; de ahí viajamos hasta San Juan de Puerto Rico por la hermosa y empinada carretera que atraviesa la isla: el curioso viaje lo hicimos en coche, pues las condiciones de la carretera se presta a ello; nos detuvimos en varias poblaciones del interior; y en los momentos en que el camino ascendía a montañas, veíamos, más allá de las extensas vegas de la isla, dos fajas de mar por dos lados distintos.

En San Juan nos detuvimos tres días: era la primera ciudad de carácter algo moderno que veía yo: no es gran cosa mayor que Santo Domingo, pero nada tiene del aspecto colonial y vetusto de mi ciudad, y sí muchos detalles de la población principalmente comercial. Tomamos al fin el vapor para Nueva York, adonde deberíamos haber llegado en seis días: el viaje, sin embargo, duró cerca de nueve, pues por el camino encontramos una tempestad y hasta recogimos la tripulación de un buque desmantelado. Recuerdo, sin embargo, que yo apenas me daba cuenta de que podían llegar momentos de peligro, aunque mi primo Enrique tuvo grandes temores que se callaba; y lo cierto es que yo muchas veces he viajado con mal tiempo.